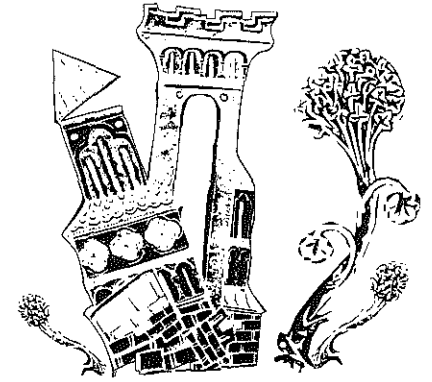


*desde mi atalaya*

*por*

*milagros del corral*

*iga, feria del libro, abril, 2009*



Al llegar a cierta edad, no puede evitarse el sentimiento de haber rodado muchos caminos, de haber gustado muchos sabores, de haber toreado en muchas plazas, de haber predicado en muchas parroquias, de que ya no hay lugar para otra «primera vez». Ese era mi caso hasta que la Feria del Libro de Málaga me propuso ser su Pregonera 2009. Acepté tan fresquita, sin darme cuenta de mi temeridad hasta un segundo después de haber colgado el teléfono.

Pero como siempre he sido muy mía y nunca he dado la «espantá», aquí me tienen, una vez más novicia

inexperta, confesándoles con sonrojo que yo nunca fui pregonera. ¡Y para colmo en Málaga! En Málaga fenicia, romana y musulmana, Málaga religiosa y Málaga republicana, Málaga intelectual y Málaga popular, Málaga obrera y señorial, Málaga objeto de deseo, la Málaga cantaora de Manuel Machado, la Málaga cuna de María Zambrano y de Pérez Estrada, el de «por nuestros pregones seremos juzgados»... ¿Qué hace una chica como yo en un sitio como éste? Para darme ánimos, me consuelo pensando que la culpa es también de los amigos que tan irresponsablemente me pusieron en este brete, y aquí me tienen, dispuesta a jugar me ante sus ojos una modesta reputación ganada con tantos años de esfuerzo. Sonó el clarín y ya estoy sola en el ruedo. Llegó la hora de empezar mi faena y, muerta de miedo, sólo me queda rogar su benevolencia, ésa que los espíritus generosos siempre saben brindar a los novatos.

Para que ustedes comprendan lo que aquí diré, es preciso que sepan dónde se sitúa la atalaya desde la que se establece mi vieja relación con el libro. Han de saber que no soy escritora, ni editora, ni librera, aunque algo

tengo de esas nobles profesiones; soy, eso sí, bibliotecaria aunque, a decir verdad, sólo ejercí esa profesión durante unos pocos años, y a la que he vuelto no hace mucho por esas cosas raras de la vida. Sin embargo, desde mi personal atalaya, construida piedra a piedra, he tenido el privilegio de haber visto el libro desde todas sus costuras. Y, desde luego, soy lectora. Y lectora omnívora. Todo me interesa, leo cuanto cae en mis manos o se ofrece ante mi vista. Y también releo. Busco en los libros ayuda, sosiego, reflexión, conocimiento, información, historia y prospectiva, tradición y modernidad pero también emoción, aventura, viaje al universo mental de otros, intriga, humor, transgresión, crítica... Vamos, que lo escrito ejerce sobre mí una atracción fatal e irresistible en la vana pero infatigable búsqueda de saber por qué estoy en este mundo, de dónde vengo y a dónde voy.

Para alguien que, como yo, aprendió a juntar las letras en los lomos de los libros que atiborraban la biblioteca de mi padre, resulta imposible imaginar un mundo sin libros. La invención de la imprenta y la transformación de los libros en objetos de uso cotidiano supuso el comienzo de

la modernidad en Occidente y, para mí, el descubrimiento del mundo. Era una maravillosa compensación al hecho humillante de verme castigada de cara a la pared –en una casa llena de libros– por haberme negado a comer la sopa. Aprender a leer, en plan típica niña repelente, sin ayuda y mucho antes de ir al colegio, fue mi secreta revancha ante una situación tan injusta a mis ojos, y quizás lo que me animó a rebelarme para siempre contra todas las sopas, con el fin de asegurarme el disfrute de tan atractivos lomos (de libros) sin llamar la atención de los mayores. Ya desde entonces, desde mi más tierna infancia, los libros fueron así sinónimo de transgresión, invitación a la libertad. Y recuerdo cómo, muchos años después, a mediados de 2004, durante una misión oficial a Palestina en nombre de la UNESCO, tuve una extraña y desagradable impresión, imposible de definir hasta que fui consciente del motivo que causaba mi desazón: ni un solo libro en los despachos oficiales, ni en las casas, ni en las tiendas de Ramallah. Mucho menos en las pequeñas aldeas o en los campos de refugiados. Palestina, supe entonces, llevaba siete años sometida a un férreo embargo de libros. Fue en ese momento cuando, poseída por esa mi extraña

asociación mental del libro con la transgresión, me lancé a proponer la organización de una Feria Internacional del Libro en Ramallah. Era seguramente una locura que exigió un largo y delicado proceso diplomático no exento de tensiones, muchos sacrificios para todo mi equipo, e innumerables negociaciones al más alto nivel; pero un año más tarde, en coincidencia con el Día Mundial del Libro 2005, la Feria Internacional de Ramallah abrió sus puertas con más de un millón de libros y casi un centenar de editores de distintos países. Y los libros hicieron el milagro: durante una semana se abrieron los controles militares para permitir el paso a los visitantes de la Feria que llegaron de todos los confines de la castigada Palestina. Los niños, sin atreverse a tocar los libros, los contemplaban con grandes ojos asombrados y chispeantes de sorpresa, los mayores, con miradas húmedas, que a veces se convertían en descaradas lágrimas. En las salas de reuniones los profesionales discutían en varias lenguas acerca de traducciones, de derechos, de diseño de libros infantiles... ¡como en cualquier feria del libro de cualquier parte del mundo! Con el alma en vilo, yo observaba todo desde mi atalaya. Nadie se atrevió a romper el

hechizo. La Feria recibió a más de 100.000 visitantes –niños, padres, maestros, adolescentes, profesionales, mutilados de guerra...– y vendió en una semana todos los ejemplares expuestos para cerrar en paz y armonía, dejando en todos los rostros una cómplice sonrisa y en todas las manos una bolsa con el logo de la UNESCO, en la que cada visitante transportaba su pequeño tesoro: un libro. Contra todo pronóstico, aquella locura mía fue un éxito cultural, social, comercial y político. Y aquel 23 de abril fue, por arte de magia, un día feliz en una tierra repentinamente en paz que, gracias a los libros, había conjurado la violencia...

Los libros son también objetos físicos que innegablemente adolecen de algunos inconvenientes: pesan, se las arreglan para ocupar los mejores lugares (y, más tarde, todos los demás), son perseverantes a la hora de atraer el polvo, les encanta jugar al escondite cuando menos conviene y hasta crían sin permiso. Si quieren comprobarlo, pongan dos o tres libros en un estante vacío y dejen de mirarlos de reojo constantemente porque son muy pudorosos. Transcurrido un tiempo

prudencial, dirijan una mirada franca a la estantería y comprobarán con asombro que ya ocupan la mitad del espacio si no la estantería entera. Ustedes no recuerdan haber añadido otros, nadie sabe cómo ha sido... así que los libros han criado, no hay otra explicación. Todo eso los convierte en un lastre cuando hay que cambiar de residencia. Y cuando, a la hora de una mudanza, de un divorcio o catástrofe personal asimilable, la razón aconseja deshacerse de alguno, se produce un verdadero desgarramiento sentimental y uno intuye que llegará un momento en que buscaremos desesperadamente ese libro, precisamente ése. Y sabemos que ya no estará. Claro que eso tiene casi siempre solución. No es muy práctica para la próxima mudanza pero es la única: buscar el título por tierra, mar y aire y comprarlo de nuevo. Y qué gusto ver otra vez en casa aquellos libros que nos vimos obligados a desechar o los que, en un derroche de generosidad, prestamos a un amigo hace años... Me creerán o no, pero son muchos los títulos que yo he comprado media docena de veces.

Y si tanto me he alargado sobre los inconvenientes de los libros, es precisamente porque los adoro; sólo desde

el amor está permitido ponderar los defectos de la persona amada. Y ¡ay del extraño que se atreva a hacerlo!

Además, los inconvenientes del libro son largamente superados por sus innumerables ventajas: su color y su calor, su olor y la sensualidad de su tacto, su robustez ante las adversidades, su ronca respiración cuando son viejos, su galanura cuando son jóvenes, su capacidad de adelgazar cuando aumenta la familia libresca, su impagable generosidad y enorme paciencia para con nosotros los humanos. Ellos, simplemente, están ahí, sin imponerse con ruidos o destellos –a diferencia del móvil, de la televisión o del ordenador– esperando que unos ojos se fijen en su lomo y una mano los abra para recrear al lector y recrearse ellos mismos. A mi juicio, su principal virtud es la confianza que ponen en nosotros como seres capaces de crear historias a partir de lo que ellos nos proponen. De alguna manera, un libro es como una partitura, una serie de signos inmóviles, generalmente negros sobre fondo de papel generalmente blanco; sólo contienen un código secreto que, a través de la lectura, convertirá la partitura en música y a nosotros,

sus lectores, en virtuosos intérpretes. Cuando cerramos el libro, nuestro recuerdo guardará los paisajes, las batallas, las aventuras, los enamorados, los piratas, los tesoros, las calles desiertas, los castillos, los crímenes, las cucarachas... Y ese recuerdo será nítido, personal e intransferible. Pero lo curioso es que en el libro no había nada de eso, sólo signos, letras y palabras que nada son sin la colaboración del lector. Es el poder del lenguaje, ese invento abstracto que no sólo copia al mundo sino que a veces parece reemplazarlo. Vemos las palabras pero somos nosotros los que les prestamos su sentido. Sin la imaginación del autor no hay historia pero sin la del lector y su personal memoria lo escrito sería letra muerta. Gracias al poder mágico del lenguaje, el libro es tan vasto como el mundo, tan misterioso como el ser humano, tan intenso como una vida. Leer es escuchar y, a través del texto, escucharse a sí mismo. Y es también decir, y al decir el texto se dice uno mismo. ¿Qué puede haber más interactivo?

Los gurús de la tecnología llevan años augurando la muerte del libro, hasta ahora con escaso éxito. Que la industria editorial tiene cuerda para rato viene

corroborado por las boyantes estadísticas de producción de libros. Y hasta parece que, en época de crisis, el libro se perfila como un valor-refugio.

La llegada del *e-book*, en coincidencia con el nuevo milenio, creó no pocas inquietudes en medios editoriales. Pero pronto fueron superadas; era caro, incomodísimo, y nunca llegó a existir oferta mínimamente seria para la descarga de nuevos títulos. Todos convinimos entonces que la vieja tecnología del libro era insuperable y los *gadgets* no tendrían nada que hacer en esto de la lectura.

Sin embargo, tan sólo nueve años después, somos ciudadanos interconectados y, por añadidura, nómadas. En muchos aspectos, los dispositivos móviles, sobre todo el popular *blackberry* y el teléfono móvil, son ya terminales de conexión cada día más integradas, sofisticadas y baratas que, reforzados con la banda ancha y las tecnologías sin cables, nos permiten ya acceder a una amplia gama de contenidos que antes se comercializaban en formato impreso (guías, planos, diccionarios, enciclopedias, etc.) y hoy se regalan con los periódicos del domingo. Y ahora

nos llega el nuevo *kindle* de Amazon, ese *ipod* de libros que se descargan de Amazon sin cables. La iniciativa de Amazon ¿podría llevarnos a considerar que el viejo negocio del libro será sustituido por el nuevo negocio de la lectura? ¿Compartiremos con amigos virtuales nuestros libros digitalizados a través de nuevos servicios *peer-to-peer* dedicados a los libros? Quizás nosotros no, pero ¿y nuestros jóvenes?

De la mano de internet, los menores de 25 años han aprendido –o creen haberlo hecho– a encontrar por sí solos ingentes cantidades de información sobre cualquier tema. Demasiado ingentes casi siempre para ser útiles. Demasiado efímeras en el tiempo y diversas en sus orígenes, además de anónimas, para ser fiables. De acuerdo. Pero tan tentadoras ofertas han cambiado la percepción del acceso a la cultura. Y además este cambio de percepción se ha producido en un tiempo récord.

La reacción de las bibliotecas no se ha hecho esperar: la digitalización de las colecciones se ha convertido en el centro de todas las atenciones y preocupaciones

de los bibliotecarios: la Biblioteca Digital Hispánica y la Hemeroteca Digital, propuestas por la Biblioteca Nacional; la Europeana, con materiales diversos a partir de los fondos de bibliotecas, archivos, museos y filmotecas públicos y privados de toda Europa, desde un único portal multilingüe; o la Biblioteca Digital Mundial, auspiciada por la UNESCO y promovida por la Library of Congress en asociación con Google y varias grandes bibliotecas del mundo (las nacionales de Brasil, Rusia, Egipto, la Biblioteca de Alejandría, etc.) son meros ejemplos de un *boom* mundial imparabile, aunque hasta ahora constreñido a las obras en dominio público. Pero es interesante comprobar el retorno del *boomerang*: nuestra Biblioteca Digital Hispánica inaugura en estos días un nuevo servicio de impresión bajo demanda, a partir de sus objetos digitales, que permitirá a sus usuarios adquirirlos... en versión impresa.

Imperceptiblemente, el acceso al conocimiento está pasando del discurso lineal característico del texto escrito, a la percepción simultánea de varios mensajes, cuya interactividad se basa en la técnica del *zapping*.

Esta nueva técnica es, en mi opinión, algo más que un método, es una nueva actitud y un nuevo modo de encadenar el pensamiento, que afecta además a los mecanismos de la memoria.

Leer es una disciplina ligada al tiempo que, además, requiere un prolongado esfuerzo de concentración, conceptos que hoy no están precisamente de moda. Por el contrario, el mensaje en pantalla se presenta como algo evidente que no requiere fundamento racional ni análisis de antecedentes que, por otra parte, no hay tiempo de realizar. La acción combinada de la pantalla, en la que convergen televisión y ordenador, la ley del mínimo esfuerzo y la escasez crónica de tiempo pueden hacer estragos en la memoria y en la capacidad de análisis de las jóvenes generaciones que es preciso comenzar a analizar seriamente.

Nadie sabe aún si estos nuevos desarrollos llegarán a conformar la nueva fisonomía del libro en el siglo XXI o si, por el contrario, el libro digital, el *kindle* y los demás, acabarán pronto en el museo de las tecnologías como tantos otros *gadgets*. Es imposible adelantar si los niños



en edad escolar llegarán a sustituir sus pesadas mochilas por un pequeño artilugio electrónico. Lo que sí sabemos es que la irrupción masiva de la calculadora electrónica desterró hace mucho tiempo la tabla de multiplicar.

Cabe también preguntarse si la eventual generalización del libro digital va a contribuir a la democratización de la cultura o a la aparición de un nuevo elitismo; si, en vista de la fractura social, el libro impreso será cosa de pobres o si, por el contrario, se convertirá en un objeto de lujo para coleccionistas; si de la mano de los libros digitales aparecerá una nueva y perversa «censura de mercado electrónico» financiado por la publicidad... pero también qué va a ser de la conservación del patrimonio literario del futuro, despojado de su soporte material. Por lo pronto, algunas bibliotecas nacionales han comenzado ya el archivo de sus respectivos dominios nacionales en internet y nuestra Biblioteca Nacional lo hará este mismo año con el dominio «.es». ¿Bastará con eso?

Yo creo que, superado el «efecto novedad», del mismo modo que en nuestros días compaginamos con

toda naturalidad el avión, el tren y el autobús, y tomamos la autopista, la carretera comarcal y los senderos de tierra, guiados por la naturaleza de nuestros desplazamientos, en esto de la cultura echaremos mano de todos los soportes del conocimiento disponibles con la misma naturalidad, inteligentemente. Me parece necesario que todos ellos coexistan y sobrevivan para alejar de nuestras sociedades el riesgo de la anestesia colectiva y garantizar el desarrollo del pensamiento crítico. Porque, a fin de cuentas, la evolución del pensamiento debe primar sobre la mera acumulación de un océano de conocimiento con un centímetro de profundidad. Y porque, además, la inteligencia emocional, que el libro cultiva inmejorablemente, se está poniendo de moda en la formación de líderes.

Pero, eso sí, tenemos mucho trabajo por delante para conseguir que, en la nueva «sociedad del conocimiento», todos podamos disfrutar un futuro hecho de memoria, entendimiento y voluntad, que son, precisamente, las facultades del alma.

Madrid, abril 2009

la edición de

*desde mi atalaya*

*por*

*milagros del corral*

compuesta en caracteres *caslon*, *galliard* y *baskerville*, consta de 500 ejemplares impresos en los talleres de imagraf. la presente entrega se ha tirado hoy, 23 de abril de 2009, al cuidado de victoria rosado, con motivo de la XXXIX feria del libro de Málaga.